

la nota dominante de una queja suya arrancada al violín en una hora de desesperación cuando le pregunta a su Dios por qué robó de sus ojos la luz; y al percibir esa nota, que llora o que suspira, debe pensar: he ahí una estrella... en la noche sin aurora de mi pena!

Cuando Pablo, emocionado, le pregunta a Marianela, con esa flojedad en la voz que da la impotencia, cómo son las flores y se abate en su dolor, nuestro compañero, el ciego de *nación* que nos dijo la viejecita, contrae sus labios con una sonrisa amarga. Ríe! decimos sorprendidos. Entonces, discretamente, le manifestamos nuestra extrañeza. «Es»—nos dice—«que esas cosas de que habla Pablo no pueden inventarse. Sólo puede conocerlas bien quien las siente». Y entonces pensamos: muy bien están Pérez Galdós y los Alvarez Quintero y Pablo el actor; pero ninguno de ellos conoce el tremendo dolor de la perpetua sombra para poder pintarlo exactamente. Además, nuestro compañero debe sonreír amargamente al comprender la enorme diferencia que hay entre él y Pablo; éste está representando su papel y tendrá los ojos cerrados para impresionar al público; pero apenas concluya la pieza y caiga el telón, los abrirá de nuevo, desmesuradamente, y tornará a ver las estrellas y todas las fugaces perspectivas de esta loca farándula que es la vida; mientras él volverá pausadamente a su casa, del brazo de su hermana, a buscar a tientas su lecho para continuar su vida de caverna.

Después, cuando el médico abre a la vida los ojos de Pablo y éste prorrumpe en exclamaciones de gratitud y el público aplaude estrepitosamente, él es quizá el único que no mueve sus manos y que más bien desaprueba. Nadie sabe mejor que él, entre los allí presentes, que tal cosa es imposible. ¡Qué no han hecho sus padres por curarlo! ¿qué no harían por encontrar a ese médico que en la bella mentira de Pérez Galdós, como en los relatos bíblicos, da la vista a los ciegos? ¿Qué no daría él por tal resurrección si ella fuera posible? Ah! pero todo eso no es más que una leyenda, una amable ficción: eso acontece en el teatro pero no ocurre, para su mal, en la vida.

Ha concluido el drama y el ciego de *nación* va saliendo del brazo de su hermana, seguido de su padre; y juzgamos que mañana, cuando se quede a solas con su alma, tomará su violín y hará llorar sus notas más dolorosamente que nunca, en una trágica explosión de angustia, pensando mal de los hombres que juegan a ciegos frente a las sonrisas de un público.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO.

Lector amigo:

Con esta entrega del *Repertorio* recibirá Ud. un pliego del CONVIVIO: *Rubayát*, por Omar Kheyyám, en la traducción directa del árabe, e inédita, de nuestro colaborador don Ventura García Calderón. Lea lo que el traductor dice del Kheyyám.

Recoja, pues, ese pliego y los sucesivos: que al cabo del 24, tendrá Ud. un tomo abultado de literatura selecta y preciosa.

Párrafos de oro

EL duque Luis de Orleans—que murió trágicamente en una calle de París—era un temible don Juan, terror de sus enemigos y aun más de sus amigos. Como el audaz amante de doña Inés, veíasele en el silencio de la noche asaltando jardines, escalando balcones, la espada al cinto, fuerte el brazo, fría la cabeza, sereno el corazón.

Hizo en la corte inapreciables conquistas. Y la mejor y más brillante fué la de una lindísima joven, casada con un bravo caballero en extremo celoso, que tenía a su mujer por un dechado de virtudes.

La dama era espléndida, de una blancura y morbidez incomparables.

Y una mañana, mientras ella se encontraba en el dormitorio de su nuevo dueño, llamó a la puerta el marido.

El de Orleans, sin inmutarse, desnudó a la bella sobre la cama, ocultándole únicamente la cabeza con una capota de terciopelo.

—Entrad, querido—dijo el seductor—y admirad conmigo el milagro inaudito de este cuerpo de diosa. Solamente os prohibo descubrir su rostro.

El otro quedóse deslumbrado. Y su admiración estalló en frases de ardiente asombro.

La maravillosa beldad permaneció inmóvil durante cinco minutos bajo la devoradora mirada de su marido, cuya voz ponía un ligero temblor en su seno.

El bueno del hombre le dijo a la joven, a la noche siguiente, mientras reposaba a su lado:

—Ví ayer, libre de todo ropaje, a la mujer más hermosa del mundo. Me la enseñó mi amigo el duque, prohibiéndome únicamente que mirara su rostro, cubierto por un manto negro.

¿Os imagináis la emoción de la linda adúltera al oír tales palabras?

—¿De qué sirvió a Cicerón su insuperable elocuencia al apostrofar a Publio Claudio?

—Absolutamente de nada.

Aunque el asunto de que trato revestía singular importancia.

Publio, mancebo gallardo y valiente, se enamoró de Pompeya, esposa de Julio César, el vencedor de Farsalia.

Vestido de mujer, el referido Claudio penetró una noche en el palacio pretoriano, entre una turba de cantoras.

Pompeya, que era una damisela impúdica, le esperaba...

Al clarear el alba fué reconocido y echado a la calle a puntapiés, aunque él se defendió como pudo de los furores de la servidumbre.

Se le acusó y fué absuelto... a pesar del ataque verbal de Cicerón.

César, en tanto, sonreía...

FROYLÁN TURCIOS

